

NUNCA TE ENCONTRARÁN

Tove Alsterdal

Traducción: Julieta Brizzi

MÓTUS



• Kiruna

• Malmberget
• Gällivare

SUECIA

• Umeå

• Kramfors

• Hassela
• Hälsingland

• Gävle

• Uppsala

ESTOCOLMO

• Gotemburgo

• Helsingborg
• Malmö

VÄSTERNORRLAND

• Umeå

• Junsele

Rio Ångerman

• Näsåker

• Nolaskogs

• Sollefteå

• Skuleberget

• Nyländ

• Sandslän

• Marieberg

• Kungsgården

• Lockne

• Lugnvik

Kramfors

Lunde

Sprängsviken

• Härnösand

• Sundsvall



MALMBERGET, NORRBOTTEN, SUECIA

ESA NOCHE HUBO UN FUERTE temblor en la roca primaria, un sismo más fuerte de lo normal que provocó que el suelo se elevara, que las copas y la porcelana se cayeran de las alacenas.

Por la mañana, una anciana llamó a la compañía minera y solicitó la prioridad en la lista de espera. Un padre de familia de 27 años hizo lo mismo después de salir al jardín y descubrir que el triciclo de su hija no estaba. “Lo han robado”, pensó, sorprendido por la creciente ola de crímenes y asaltos en la comunidad, hasta que vio la grieta que se abría en su terreno y comprendió que el triciclo había caído en ella.

Esas eran las cosas que hacían que la gente huyera de Malmberget sin mirar atrás, aunque siempre echaran de menos el lugar en el que habían vivido.

Tommy Oja no se había despertado con el temblor, sino una hora después, por el timbre de su teléfono. Bebió una taza de café y comió un sándwich. Faltaba aún una hora para que saliera el sol; las luces encendidas del coche interrumpían la oscuridad. Durante ese año se habían quemado muchas farolas en las calles del vecindario; otras las habían desmantelado. Tommy se desvió hacia el barrio de Hermelin y se detuvo junto a la cerca que marcaba la zona en riesgo de derrumbe. Aún quedaban en pie en espera de que las trasladasen a su nueva ubicación, algunas casas de madera que

albergaban cientos de años de la historia de Malmberget, y se las consideraba especialmente valiosas. Tommy había crecido en un edificio de apartamentos que había sido demolido hacía muchos años. Así estaban las cosas. La cerca alambrada se aproximaba a medida que desaparecía su niñez, devorada por el enorme agujero en el corazón de la mina que llamaban el Pozo.

Tommy no se preocupó en esperar a su compañero, que vendría en coche desde Gällivare. Tomó las llaves, la cámara y se adentró.

La compañía de seguros, eso era lo que le había hecho salir de la cama. Si se hubiera roto alguna pieza de la vajilla o si un televisor se hubiera caído durante el terremoto de la madrugada, la compensación económica sería responsabilidad de la compañía minera estatal LKAB, no del contratista.

Aproximadamente en un mes, la compañía de mudanzas vaciaría todas las habitaciones de muebles y pertenencias. Luego, vendría el trabajo más importante: excavar los cimientos del terreno, colocar las vigas de acero y asegurar las chimeneas por debajo para que cada casa pudiera ser trasladada a su nueva ubicación. Allí, la gente volvería a amoblarlas para que casi no se notara que había cambiado algo, aparte de la encantadora vista de Malmberget, la torre de la iglesia y el entorno montañoso, que serían sustituidos por los bosques de abetos en las afueras de Koskullskulle.

“Los que vivían aquí habían tenido suerte”, pensaba Tommy Oja cuando caminaba por las habitaciones para documentar su contenido. Podían llevarse consigo su hogar, o al menos una parte de él, fuera lo que fuese aquello en lo que consistía un hogar.

Una colección de libros se había caído de la estantería. El cristal de una foto de bodas amarillenta se había roto. Fotografizó los daños y creyó oír los lamentos de las personas fotografiadas; observó los rostros, la seriedad de una ocasión

especial de tal vez cien años atrás. La grieta del cristal roto atravesaba el cuello del hombre y cruzaba el rostro de la novia.

“Ya puedes irte de aquí, Tommy Oja”, se dijo. Como lugareño, debía dejar a un lado el sentimentalismo. Se vivían las circunstancias sin pensar en otra cosa. No había llantos por los cines desaparecidos o por los kioscos donde había comprado las primeras estampas coleccionables de jugadores de hockey. Había que extraer el mineral, y si no fuera por la compañía minera, no habría nada: ni la comunidad, ni los trabajos o las riquezas que construían el país, solo los terrenos de pastoreo de renos y un paisaje montañoso ininterrumpido, lo que algunas personas de Estocolmo considerarían extraordinario, las mismas que disfrutaban de sus elegantes bares y no le dedicaban un solo pensamiento a cómo fue creado ese bienestar, excavado de esa montaña que estaba justo debajo.

Allí estaba otra vez. Maldita sea.

No eran palabras lo que oía, solo una queja silenciosa, como si las voces hubieran quedado atrapadas en las paredes.

—Cierra la boca —gruñó.

—¿Con quién hablas?

El chico que estaba de pie junto a la puerta era un joven interino contratado justo después de que uno de los muchachos sufriera el desplazamiento de una vértebra en la espalda. Trasladar casas era una misión de prestigio; no podía salir mal. Ante el mínimo desequilibrio, las paredes podían agrietarse. Los medios locales seguían el proceso y los lugareños se reunían a un lado de las carreteras para observar cómo, finalmente, su comunidad se desvanecía.

—Así que ya te levantaste de la cama —dijo Tommy Oja y subió otra vez la escalera hacia el segundo piso.

El chico se quedó quieto.

—¿Qué fue eso? —dijo.

—¿Qué cosa?

—Sonó como si fuera un animal o algo parecido.

Tommy Oja volvió a bajar.

—¿Tú también lo escuchaste? —preguntó.

—Mierda, ¿alguien se olvidó un gato?

Luego se oyó un movimiento que provenía de las tuberías, un golpeteo débil. Se quedaron callados sin moverse. El sonido pasó alrededor de ellos, suave, volátil, y luego regresó con más fuerza.

—El sótano —dijo el chico, finalmente—. Debe de provenir de allí.

Tommy buscó las llaves, probó una y otra. La puerta se abrió; una escalera curva descendía hacia la oscuridad y se detenía junto a una puerta de hierro de pesados picaportes. Los ruidos no se oían allí; debían de provenir de otro sector de la casa, tal vez de la chimenea. Ninguna llave encajaba en la cerradura.

—Demonios —dijo Tommy y se volvió. Hizo regresar al chico sobre sus pasos hasta que los dos salieron lentamente y rodearon la casa. Entonces volvieron a oír el ruido. Tommy se arrodilló ante la ventana del sótano y encendió la linterna. El cristal le devolvió la luz, y lo deslumbró.

—Rómpela —dijo el chico.

—No podemos causar daño.

—Es solo una ventana —insistió el chico—. ¿Qué importancia tiene?

“Jóvenes”, pensó Tommy Oja cuando fue al coche a recoger las herramientas y luego apuntó su tenaza hacia la ventana. “A veces estos malditos tienen razón”.

Los últimos trozos de cristal cayeron hacia adentro sobre el suelo de piedra, y luego solo hubo silencio. Tommy pensó que todo había sido un error. Por un instante le pasó por la cabeza la disculpa que tendría que ofrecerle a su jefe, mientras el chico tomaba la linterna e iluminaba el interior del sótano. Eran más de dos metros hasta el suelo; Tommy Oja lo sabía, había participado de cada uno de los cálculos

y las planificaciones acerca de cómo reforzarían la estructura y levantarían la casa. La ventana interior era demasiado pequeña para que alguien pudiera pasar y arriesgara su vida por un puto gato.

El chico gritó y soltó la linterna. Se echó hacia atrás y se arrastró en la grava con la mirada enloquecida como si quisiera regresar hasta Gällivare sobre su trasero. En ese momento el sol de la mañana irrumpió en la montaña e hizo que el cabello del muchacho brillara como el de un ángel.

—¿Has visto un fantasma?

Tommy pasó el brazo por la ventana rota e iluminó las paredes con la linterna. El lugar estaba completamente en silencio. Oía su propio pulso y los insultos del chico. Allí dentro había cajas y sillas de plástico apiladas. Una vieja mesa de ping-pong, afiches en las paredes. Luego, vio el movimiento. Las manos que se elevaban y protegían un rostro. Una persona, acurrucada como un animal, aplastada contra la pared, rodeada de cartones y escombros.

Tommy iluminaba sin comprender.

El chico aún gritaba detrás de él.

—Cierra la boca —exclamó Tommy.

Se volvió a oír con claridad: el sonido llegaba desde un rincón y subía por los ladrillos y el cemento, cortaba el aire como una sierra, como el chillido de un animal encerrado; casi no era humano, como si proviniese de una persona que aún no había aprendido a hablar, o de un niño recién nacido. Tommy Oja tenía tres hijos, sabía cómo sonaba; pero esto era peor. Busco el teléfono en los bolsillos y le temblaron las manos cuando marcó los números de la policía, primero, y luego, los de la central de emergencias y, de manera incoherente, pidió que fuese una patrulla y una ambulancia a Långa Raden. Tuvo que repetir la dirección tres veces a quien le respondió desde Umeå, ciento cincuenta kilómetros al sur. ¿Qué sabían ellos sobre las calles de Malmberget?

Luego, volvió a inclinarse frente a la ventana del sótano e iluminó con la linterna su propio rostro en lugar de cegar al hombre que estaba allí dentro.

—Vienen pronto —gritó Tommy en la oscuridad, pero no recibió ninguna respuesta.